

Francisco Alcayde y Vilar.

# ORACION INAUGURAL

del Curso de 1929 a 1930 en  
la Universidad de Salamanca.



SALAMANCA

Imprenta y Librería de Francisco Núñez Izquierdo.  
Ramos del Manzano, 42, y Rúa, 25.

1929



# DISCURSO

leído en la Inauguración  
del Curso académico de  
1929 a 1930. :: :: ::



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

---

# DISCURSO

leído en la solemne apertura del Curso  
académico de 1929 a 1930

POR EL DOCTOR

D. Francisco Alcayde y Vilar

Catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras.



SALAMANCA

Imprenta y Librería de Francisco Núñez Izquierdo.  
Ramos del Manzano, 42, y Rúa, 25

1929.





“Psicología del pueblo charro,  
según las obras de don Luis  
Maldonado.,,









## I

Señores:

**N**UESTRO excelente y excelentísimo Rector, don Enrique Esperabé de Arteaga, nos dice, hablando de don Luis Maldonado: "Narrando episodios del campo, se percibe el delicioso aroma del tomillo y del romero, el agitado vuelo de las golondrinas y vencejos, el dulce gorjeo del ruiseñor que elevando poco a poco sus notas, gusta y conmueve, el ruido seco de los tamboriles, las huellas del carro de bueyes que pasa, los brincos de las cabras, el balar de las ovejas y el incesante cántico de los jilgueros y gorriones revoloteando en las copas de los árboles".

Esta poética descripción puede sintetizarse en dos palabras: Naturaleza y Musicalidad.

El verdadero poeta, el creador, siempre sabrá interpretar musicalmente la naturaleza, ya lo haga en prosa o en verso; que esto es accidental.

Como nos dice don Cándido R. Pinilla: "Podemos, pues, sin escrúpulos de conciencia, llamar poetas a todos cuantos han hecho arte con la palabra, a cuantos hacen poesía, sin tener para nada en cuenta la forma puramente accidental y externa de sus propias creaciones... Becquer, no es menos poeta en sus leyendas que en sus rimas. Y poeta es nuestro insigne Maldonado y así podemos llamarlo a boca llena. Y lo sería de igual modo, aun cuando no hubiera hecho en su vida un solo verso, ni otras obras que su libro de cuentos "Del Campo y de la Ciudad", y su colección de artículos, publicados bajo el título gené-

rico de "Mis Memorias"; páginas, unas y otras en prosa, y que encierra, sin embargo, cada una de ellas de por sí, tanta poesía como el más inspirado poema".

Estas palabras de Pinilla y las citadas de Esperabé, convergen en el Arte poético de Paul Verlaine. Dice así:

"La música ante todo  
 y de ella prefiere la indivisible  
 más vaga y más soluble en el aire,  
 sin nada que pese o que "pose".  
 Es menester también que no vayas  
 a escoger la letra sin alguna sorpresa,  
 nada más grato que la canción gris  
 en la que se junta lo Indeciso con lo Preciso.  
 Es como unos bellos ojos velados,  
 es la luz titilante del mediodía,  
 es en un tibio y otoñal cielo  
 el desorden azul de las estrellas.  
 Pues siempre preferimos el matiz,  
 no el color, nada más que el cambiante,  
 ¡oh, el matiz, única promesa  
 el sueño al sueño y la flauta al cuerno.  
 Huye lejos del retruécano asesino  
 de la gracia cruel y de la impura risa,  
 que hacen llorar los ojos del Zeus  
 y de todo ese aderezo de cocina soez!  
 Coge la elocuencia y retuécelo el pescuezo,  
 harás bien, dispuesto a la energía  
 en hacer de la rima algo más sensato,  
 pues si esto no se cuida, ¿dónde irá a parar?  
 Oh, ¿quién dirá los erreros de la rima?  
 ¿Qué criatura sorda o qué negro loco  
 nos ha forjado esta falsa alhaja  
 que suena a hueco y a falso como la lima?  
 ¡Siempre música!  
 que tus versos sean ese algo superior  
 que se siente huir de un suelo  
 del alma escapada a otros cielos y a otros amores  
 Que sean los versos la buena ventura  
 esparcida a los vientos matutinos  
 y que hace florecer la menta y el mirto...  
 Y todo lo demás es literatura".

De esta manera supo ser poeta don Luis Maldonado. Supo retorcer el pescuezo a la elocuencia en todos sus escritos; prefirió siempre el matiz; nunca escogió la letra sin alguna sorpresa; huyó, como del diablo, del retruécano asesino, de la Gracia cruel, de la impura risa y de todo ese aderezo de cocina soez. Son sus escritos la buena ventura esparcida a los vientos matutinos que hace florecer las plantas aromáticas del campo charro. Llenos están de música vaga y soluble en el aire, emanada de la naturaleza, de la serenidad del espíritu, de la apacibilidad de estos campos con sus rumorosos estremecimientos que, por ser inefables, se sienten más que se oyen y son un bálsamo para todo espíritu agitado.

Porque fué poeta, como enseña *Le pauvre Lelian*, supo identificar la música, la naturaleza y la poesía. Con intuición de artista, enamorado de su país, espiritualizó el mundo exterior y por eso en sus cuentos, los montes, los prados, los encinares, las alquerías, todo lo vemos animado con misteriosa vida interior que les hace capaces de comunión íntima con nuestro espíritu y nos muestran, en su austera grandiosidad, el alma del paisaje charruno.

Su penetración psicológica descubrió la esencia (en sentido fenomenológico), del alma del pueblo charro, de este pueblo que tan profundamente conoció por haberle amado con tanto fervor.

Permitidme que insista un momento en esta última afirmación: le conoció porque le amó. La inmensa mayoría de los hombres pasamos nuestra vida repitiendo inconscientemente una serie de lugares comunes, sin detenernos nunca a examinar la verdad o error que encierran. Todos hemos repetido mil veces que *el amor es ciego*. Yo sostengo, por el contrario, que *amar es ver*, que el enamorado es el único que ve, que dejamos de estar ciegos cuando amamos.

Todo sér encierra un tesoro oculto; el medio para descubrirlo es el amor. El enamorado es el único que vé lo que hay de amable en el sér amado y esto es, precisamente, lo que los demás no ven ni pueden ver. Todo el que se ena-

mora hace un descubrimiento y en la misma medida que su amor se aumenta y se perfecciona, aumenta y se perfecciona su visión, su conocimiento del sér amado, hasta llegar a sumergirse en él y anular su propia personalidad.

Vamos a examinar cuatro de las principales formas de amor sucintamente para confirmar mi tesis.

1.° *El amor a Dios.*—Los santos, los místicos, los grandes enamorados de Dios son los únicos que han llegado a verle, a conocerle en su infinita belleza. No son ellos los ciegos, sino los que no aman. Y necesitamos de esos grandes enamorados, de los relatos de sus visiones, de las descripciones de sus éxtasis amorosos, como de guías que nos muestran lo que nosotros somos incapaces de ver por no haber sabido o podido amar tanto como ellos.

2.° *El amor a los hijos.*—¿Por qué las madres están siempre dispuestas a perdonar las faltas de sus hijos? ¿Por qué no las ven? No, ciertamente, sino porque les aman y, amándoles, no sólo ven en sus actos torpes su parte externa que todos vemos, sino además todo el proceso íntimo, todos los motivos internos, todas las circunstancias que les han conducido al mal obrar. Y esa visión total del proceso (no la visión parcial de los demás), proyecta una nueva luz sobre los actos torpes, los presenta desde otro punto de vista más amplio, con un matiz de simpatía en que las circunstancias atenuantes van disipando poco a poco la culpabilidad del hijo amado. Por esto Dios, que nos ama infinitamente,—y por eso nos vé tal cual somos hasta el fondo del alma—debe mirar nuestras faltas con una comprensión y compasión infinitas.

3.° *El amor a la mujer.*—En toda mujer hay un tesoro oculto. Puede pasar mucho tiempo y aun a veces su vida entera sin que nadie lo descubra. Es necesario que surja el hombre que no esté ciego como los demás y sea ca-

paz de ver lo que hay de amable en la mujer. Este descubridor no puede ser otro más que el enamorado. También él ve y hasta a veces reconoce los defectos de su amada; pero los ve, la ve a toda ella envuelta en un matiz tan amable, que le hace amar hasta sus defectos.

Si alguien se hubiera enamorado de Margarita con la misma intensidad que Fausto, habría descubierto en ella toda la ternura y la belleza que él descubrió.

El gran poeta valenciano, Ausias March, sintetizó maravillosamente el tesoro oculto descubierto por cada enamorado, ese tesoro que sólo él ve, en los siguientes versos:

Fantasiant Amor a mi descobre  
los grans secrets qu'als pus subtils amaga  
e mon clar jorn als homens es nit fosca  
e visch d'açó que persones no tasten.

4.° *El amor a la patria.*—En el amor a un pueblo, a un país, es donde con más claridad se presenta mi tesis: amar es ver. Recuerdo ahora lo que sucedió a nuestro compañero don José Antón. Viniendo a Salamanca, se detuvo el tren en la estación de Monsalúpe. Unos turistas que viajaban en el mismo coche, mirando al campo, dijeron: “¡Qué desolación de país! ¡Ni un solo árbol!” Antón les contestó señalando un gran bosque de encinas que allí mismo empezaba; pero los turistas siguieron afirmando que era una desolación de país y probablemente regresarían al suyo convencidos de que no habían visto ni un solo árbol en toda la provincia de Salamanca. Este ejemplo tan pintoresco y tan gráfico, es todo un símbolo. (1) Porque no

---

(1) “El buen conde Hernann Keyserling, el candoroso conde, llega a Hendaya y cierra los ojos. Cuando los abre, en Irún; ¡qué espanto, qué horror, qué abominación, qué desolación! El páramo se extiende ante sus asombrados ojos; el páramo, el erial, el arenal, el sequeral, el machial, el desierto, en una palabra. El desierto es España. El lo ha dicho en un libro suyo traducido recientemente: “Se cruzan los Pirineos y se pasa del jardín al desierto. El desierto de España”.

(De la crónica de Azorín en A B C de 7 de Julio de 1929).



sólo son los turistas, sino la inmensa mayoría de los habitantes de este apacible país quienes no han visto aún toda su belleza grandiosa y serena. Si no todos saben ver lo que está tan a la vista como los árboles, ¿cuál no será la dificultad para descubrir lo que está oculto? Por eso pasan años, y a veces siglos, sin que los habitantes de un país se den cuenta de las bellezas que encierra hasta que surge el poeta a quien está reservado descubrir el tesoro.

¿Qué sería La Flecha y su fontana sin Fray Luis? Un montecillo y una fuente vulgares. ¿Qué sería Margarita si Goethe no la hubiera descubierto? Una de tantas chiquillas de quince años sin importancia alguna.

La Charrería, sin Galán y Maldonado, estaría aún sin descubrir. Estos poetas, estos grandes enamorados, para los cuales es claro día lo que para los demás es noche oscura, son los que han visto y nos han mostrado en toda su grandeza poética y musical el alma del pueblo charruno. ¿Qué mejor fuente podía yo haber elegido para mi trabajo?

Leyendo los cuentos de Maldonado, he llegado a conocer este país, y después de conocerlo he tenido la fortuna de que su hijo, don Francisco, me llevase a los lugares más típicos de la Charrería—*al reñón*—y en pleno campo charro, en una fresca huerta, a la sombra de unos álamos frondosos, sentado junto a la noria, en el mismo sitio en que don Luis se sentó para escribir algunos de sus cuentos inmortales, he oído recitar a una charra el romance del ciego de Robliza—tan popular ya, que de memoria lo saben los mozos y mozas de las alquerías que con tanto amor describió.

En estas excursiones con don Francisco, he saboreado las peculiaridades estéticas de este país, pues, como dice don Francisco Bravo: “Respecto a la Charrería, tanto como a Galán debe a don Luis la reviviscencia de sus peculiaridades sentimentales y estéticas, elevadas a depuración literaria por un noble empeño en el que volcó lo más acendrado de su fervor natal”.

La visión que don Luis tuvo de su pueblo, ni es imagi-

naria ni tiene nada de ficticia, (1) más bien, como dice don Manuel García Blanco: "Don Luis en sus cuentos pintó lo que veía, sin ambages ni ringorranos efectistas y es esta cualidad de sincero la que acercó sus escritos a los no urbanos, a los del campo, que no pocas veces se vieron retratados en sus líneas, de cuerpo entero, como en aquellos daguerratipos finiseculares, de los que hasta emanaba el apresto y tersura de las ropas nuevas, que saben las torturas de los fondos del arcón casero y las fragancias de los perfumes silvestres que rezuman del membrillo".

Esta nota de sinceridad también la ha visto don Manuel García Blanco, en la siguiente crítica: "La galería de tipos que don Luis nos brinda en sus cuentos, no es de las menos provistas. Es variada y, sobre todo, es *natural*. Sus figuras son humanas y siguiéndolas, haciéndolas a nuestro gusto, nunca se piensa en las muecas inermes del *panopticum* y don José Camón nos muestra la razón, el fundamento de esta sinceridad al decirnos: "En pocas narraciones campesinas, como las contenidas en su libro "Del Campo y de la Ciudad", podría encontrarse una mayor adecuación entre la pupila que observa y la tierra que se exhibe. Entre el hombre y la Naturaleza se establece en este libro una relación justa, *clásica*".

Esta veracidad y naturalismo que tan bien han observado García Blanco y Camón, es un motivo más para que los escritos de Maldonado sirvan de guía insustituible en la búsqueda del alma del pueblo charro.

En todos los géneros que cultivó su actividad literaria, nos encontramos con la misma nota. Hablando de Maldonado jurista, nos dice don Esteban Madruga: "La parte más jugosa e interesante de los escritos jurídicos de Maldonado, es la dedicada al estudio de las costumbres jurídicas del campo charro, que investiga y conoce directamente con bien sentida y no disimulada simpatía. Puso

---

(1) Como no hay falsedad posible en la visión de un verdadero poeta o de un enamorado, necesariamente tiene que ser sincero al cantar las excelencias o los males de su país.



siempre gran calor en defender las instituciones vividas y poco comprendidas que forman el alma de la región". Como vemos en estas palabras de Madrugá, en los escritos jurídicos de don Luis, palpita, tanto como en sus cuentos, la misma preocupación capital: descubrir el alma del pueblo charro.

En sus lides periodísticas vemos surgir el mismo motivo fundamental, según nos cuenta don José Sánchez Gómez: "Como "El rasgo" de Castelar; como "Cristo en Fornos", de Burell; como "Al pasar", de Blasco Ibáñez; aunque de distinto género, las crónicas de don Luis, aquellas que llevan especialmente el sabor y el alma de la tierra salamanquina, entraron tan de lleno y tan profundamente en el corazón y en los sentidos de las gentes lectoras asiduas del escritor charro, que les bastó una sola lectura para el recuerdo imperecedero".

Y, por último, escuchemos a don José Antón: "Don Luis Maldonado quiso esclarecer a su patria a fuerza de amor y de estudio, siendo su vida un evangelio de paz. Escribió comedias y cuentos charros, que hicieron admirar la vida salmantina en su artística imagen. Estudió con sus alumnos las costumbres locales, enriqueciendo con la más valiosa contribución una información folklórica de gran interés nacional".

Estas palabras de Antón, resumen, sintetizan todas las que he citado y coinciden con mi tesis: "Quiso esclarecer a su patria a fuerza de amor".

Esto hizo don Luis. Con su amor descubrió los misteriosos secretos de belleza que encierran los seres, y, al describirlos, al contárnoslos, nos hace admirar la vida de su país en su artística imagen. Se identificó de tal manera con el ambiente de su país, que su alma llegó a fundirse en eterna comunión espiritual con el alma del país charro.

Don Luis Maldonado nos hizo ver las esencias ocultas, el verdadero ser de las cosas de este país; es un mago que nos hizo gustar las delicadas mieles de amor y poesía que forman lo inmutable, lo que permanece, lo que no cambia



a través del fluir constante de todas las apariencias, la Realidad máxima: el Ideal. La visión de todo enamorado del país charro es esta misma de don Luis, tan íntima, tan espiritual, la más real de todas por ser la más Ideal. En esa visión de enamorado, toda la naturaleza se reanima con una nueva vida y, por eso, hasta las cosas más conocidas se nos aparecen como si nunca las hubiéramos visto, como si las viéramos por primera vez en la vida. Y es que, como dice Ausías March:

“Amor es philosophal pedra”.

---





**E**N compañía tan deliciosa como el espíritu delicado, fino y penetrante de don Luis, voy a internarme en el alma del pueblo charro para intentar el estudio de su psicología.

No me extrañaría que alguno de los que me escuchan piense de mí lo siguiente: "Este profesor forastero, nacido en un pueblo tan extraño, tan distinto al nuestro, ¿nos querrá hacer creer que se ha enamorado de nuestro país y tendrá la pretensión de descubrir nuestra psicología?"

Para el que así piense, tengo que hacer dos advertencias:

1.º Que no he de caer en la vulgaridad de deciros que en este país se dan las mujeres más guapas, los hombres más valientes y los paisajes más hermosos del mundo. Ni menos prometeros y juraros un amor imperecedero. Todas estas vulgaridades hipócritas quedan para los *caciques* de quienes dice el Ciego de Robliza:

"Siempre mucho prometer  
Y aluego mucho olvidar.  
.....  
Más la vosliera servirnos  
En nuestra nesecidá..."

Yo, sin alardes de amor y sin prometer nada, empiezo por dedicar al estudio de vuestro país mi discurso inaugural.

2.º Que yo no pretendo descubrir nada sensacional, sino describir lo que he encontrado ya descubierto en las

obras de don Luis Maldonado y sintetizar los tipos psicológicos del pueblo charro, analizados en sus escritos. Y será para mí la mejor recompensa y para mi trabajo el signo de la fecundidad, que algún hijo de esta tierra continúe, amplificándolo y mejorándolo, este estudio. Para vosotros, nacidos en este país, debe constituir una tentación de las más irresistibles por lo deliciosa; porque si para mí, nacido en Valencia, a la que amo sobre todo, resulta gratisimo, para vosotros ha de tener, además, el sentimiento de adoración con que el hijo bien nacido se deleita contemplando todo lo que de bueno y santo y noble descubre en su madre.

Y hechas estas dos advertencias, vamos directamente al tema.

El tipo de temperamento que predomina en el pueblo charro es el reflexivo, de reacción lenta. Por ser reflexivos y no sensitivos, sus nervios vibran difícil y lentamente; pero cuando se ponen en vibración tardan mucho en volver a su equilibrio. Su inteligencia, más que despierta es profunda; por eso tardan en capacitarse; lentos en aprender, difícilmente olvidan lo aprendido. Por todo ello los hombres de este temperamento son muy dados a la reflexión; viven no sólo del presente, sino mirando al porvenir. Conceden más valor a la potencialidad que a la actualidad. Por predominar en ellos el espíritu sobre la materia, prefieren una esperanza de grandezas a un mediano pasar presente; de aquí la fé en el ideal. La serenidad de su carácter les hace poco inclinados, como los pueblos sensitivos, a dejarse influir por las impresiones del momento ni a dejarse arrastrar instintivamente por los sentimientos. Quizás por esto no brotan en su espíritu sinceras simpatías repentinas. Al contrario, sus afectos no flotan a flor de piel, sino que van muy hondos, se elaboran lentamente, inconscientemente a lo largo del tiempo; pero cuando el charro se dá cuenta de sus afectos ya le tienen invadido de tal modo, que difícilmente se podrá desprender de ellos. La constancia de su carácter les hace sentir la simpatía o la antipatía de un modo casi permanente. Son más bien pesimistas

que optimistas y, sobre todo, resignados en sus males, en sus dolores porque su intuición filosófica les lleva a simbolizarlo todo y a identificarse con la humanidad. Sus dolores y desgracias no los consideran aisladamente como propios suyos, sino como una parte del dolor total de la humanidad. Por esto, como dice don Luis Maldonado, "el pueblo castellano, acaso con mayor razón que otros, ve en los episodios de la Pasión algo que se refleja en las amarguras y miserias de su vida y que ahonda en su contrición, sacando de ella energías bastantes para vivir alegre y *resignado* el resto del año".

*La resignación* es otro de los motivos fundamentales del carácter de este pueblo; pero es una resignación cristiana, que de tal manera impregna el trabajo rudo, monótono y constante de los charros que convierte su vida entera de trabajos y sufrimientos en una grandiosa oración colectiva, que por su pureza y sinceridad, se eleva de estas tierras para ir derechamente al cielo. Esta resignación, que tiene mucho de renunciación, de estoicismo, es en este país un producto de su aptitud filosófica que le lleva a considerar el dolor individual como un átomo del gran dolor de este mundo y al integrarse en él, se diluye su individualidad en ese mar de amargura, y por esto pierde todo matiz de egoísmo y su estado de ánimo es la serenidad, el reposo. De aquí que el charro sepa poetizar hasta sus no satisfechas necesidades, como dice Maldonado: "que aquí, aunque el hambre escarabajee, todo lo cantamos y lo bailamos, y nadie diría, al ver a un charro, rígido y severo, ceñido, de bota alta, ancho cinto y estrecha chaquetilla de Astracán, que pertenece a una raza de gentes que alegra la vida endulzando sus amarguras con los encantos del arte".

No sólo son los dolores, sino también los goces sabe integrarlos el charro a los de todos los seres. Por ejemplo, en el ciego de Robliza:

"La cama es la dura piedra  
De la cocina o el portal,



Y la soldá tan escasa  
 Que no basta pa engañar  
 Tan siguiá un diente a los chicos  
 Que están llorando por pan,  
 Lo mesmo que pajaritos  
 Que, acurrucaos en el nial,  
 Pían a su güena madre  
 Que los venga la alimentar,  
 Y ella, si trae vácio el pico,  
 Les consuela con cantar  
 Unos cantares que paecen  
 La mesma devinidá,  
 Pus ni los hombres humanos  
 Tan triste saben trovar..."

.....

¿Véis aquí cómo el charro poetiza sus no satisfechas necesidades fundiendo su suerte en la miseria de otros séres?

Lo mismo sucede con los goces y placeres, como vemos en "Fiesta boyal", en la que los labradores de Alboraña celebran el gran festín de la Herbagería, comiendo la machorra de los arrendados "¡Vaya una alegría!, esto es gozar de la vida y dar a la tierra lo que es de la tierra —decía el tío Sindo, gran sabidor de cosas del mundo. Porque esta pícara vida es a móo de círculo, que los unos mus comemos a los otros y asina anda la cosa; la herba comió a la tierra, la machorra a la herba, tú te comes a la machorra y la tierra te comerá a tí".

En este ejemplo el placer de la comida, que como todos los goces nacidos de la satisfacción de las necesidades primordiales, es uno de los más fuertes entre los campesinos, está también integrado al *círculo*, al universo y considerado poéticamente como un eslabón en la cadena cósmica.

El mismo fenómeno encontramos en el Ciego de Robliza:

"Esta es mucha caridá,  
 Que se revece el ganao

Y siga la *humanidá*  
 Agarrada a la mancera  
 Por toa una eternidá”.

Y también en este otro pasaje del mismo romance:

“Gracias al vino vivimos,  
 Gracias al calor que dá,  
 Ya las penas que mus quita  
 A esta probe humanidá”.

Y en “La muerte del tío Jeromo”: “¿Qué es eso, tío Jeromo?, le dije yo desde la puerta.

—Pus una cosa natural, señorito; que me están allegando los fines.

—No será tanto.

—¿Que nó?, pus si a usted le parece, traiga el tamboril y la gaita y echaremos un son... Luego, como el esfuerzo le exacerbase los dolores, gimió mirando a una estampa del Crucificado que, pegada en la parte superior y libre en la inferior, aleteaba a merced del viento: —¡Pernea, pernea, Jesús mío, que yo también perneo...!”

Y también en “El tío Cavila”, cuando dice: “Ara y siembra pa l’amo, que es para lo que has nació”.

En todos estos ejemplos y otros mil que podría entresacarse de las obras de Maldonado, aparece la inmersión de la personalidad en la humanidad. Hasta el propio don Luis sintió esta integración de lo particular en lo universal, como él mismo cuenta en “El Ama Concención”, y váis a oír:

“Tendido de largo a largo sobre el blanco hojato y con la vista perdida en la transparente esfera, sentí como si todo mi ser, absorbido dulcemente por la madre tierra, formase parte de ella, y mi alma se hallase confundida con el espíritu sereno de aquellas soledades. Poco a poco y a medida que iba perdiendo la impresión de mi existencia individual, se apoderaba de mi interior una a manera

de vibración, cuyas ondas se perdían en lo más remoto del espacio y a la vez gozaba de dos emociones inefables: *la de estar yo en todo y la de estar todo en mí*".

Y no me extraña lo más mínimo que don Luis sintiese estas emociones, que constituyen una de las características del alma charruna, siendo como era él un lígrimo charro, de cuerpo entero. (1)

No pasa así en otros pueblos, en donde las desgracias y miserias individuales se consideran como una excepción, como una pena personal particularísima.

El pobre, el desgraciado de esos países, claro está que es tan desventurado como el desgraciado charro, y, tal vez, seguirá siéndolo mientras viva; pero nunca se resignará a serlo y esta falta de resignación producirá en él la inquietud y zozobra constantes o el odio y rencor o el afán perenne de rebelarse contra el destino, de redimirse. Nunca podrá gozar del reposo, el equilibrio, la serenidad estoica de que está impregnada la vida del charro.

También el pueblo charruno es fantaseador por temperamento; pero aunque esa fantasía sea florida y a veces estrepitosa, no es la nota que más les caracteriza. Lo que predomina en los charros no es la imaginación, sino lo sostenido de su voluntad, como podemos ver en los siguientes parajes de "Las eras del tío Jeromo":

—"Ugenia"—dice el tío Jeromo a su mujer—: No te pae una miaja de esigual y de injusto eso de que toos ronquen a pierna suelta y que nusotros, ¡contra!, nusotros, que somos los amos de tóo ese negocio, trabajemos como burros de carga?

—Me pae—contestó el ama "Ugenia"—me pae que tóo eso lo dices por descansar, que cada día se te hace más cuesta arriba el trabajo. Esobra sabes tú que los que duermen puen dormir porque no tienen que dar cuentas a naide, y tú y yo, no; por devina memoria de aquel hijo...

---

(1) Existiendo en este país el sentimiento tan arraigado de la solidaridad humana, no es posible considerar como un accidente fortuito el nacimiento del Derecho Internacional en la Universidad de Salamanca.



—¡Cuenta, cuenta!—replicó gruñendo el tío Jeromo—, ya va siendo larga la cuenta de los tus escrúpulos.

—Escrúpulos, condena, Dios me predone, escrúpulos el trabajar pa ganar el cielo pa un hijo? Algún día me darás las gracias en el otro barrio.

—Pero ven acá, galana. Bien sé que laboramos pa la Virgen del Cueto, que na queremos de lo que tenemos, que tóo ese tesoro y lo que hay embajo de las baldosas de la sala, es pa hacerla el camarín; pero, ¡una miaja de holgura, mujer! Un ratito de siesta, un trago e vino, una limoná los días de acarreo, una brisca los días de preceto y una cajetilla.

—No, Jeromo, eso no es sacrificio. Si te das a esas holguras qué será lo que dés a la Virgen que ella no te haya dado enantes? Nuestro suor y nuestra vegilia, único regalo que la hacemos. Y hay que suar, Jeromo, que, en entrando el grano en la cilla de la Iglesia, ya habremos cumplido el voto por aquel hijo güeno que Dios nos llevó sin confesión y en sana salud, tan ainás que no lo vió vivo la su madre.

—Sea, mujer, sea, ya que poco falta dimpués de diez años de briega; pero en entrojando, me tiés que dejar un día entero entre mantas...”

*La firmeza de voluntad*, que en este diálogo muestra el ama Ugenia, sostenida durante diez años de privaciones y trabajos constantes les hace ser previsores y tenaces. Saben, por esto mismo contener y dominar sus primeros impulsos, sus pasiones nacientes. En unos casos sus pasiones van tan envueltas en razonamientos y en un deseo tan grande de justicia, que quedan desvirtuadas como por ejemplo en el Ciego de Robliza, cuando dice:

“Y es mucha cabronería  
Eso de vivir tan mal,  
Los hijos de hambre mohinos,  
La mujer de hambre pasá  
Sin esperanza denguna  
De poderlos remediar.

Y como algún día revienta  
 Por la cincha... güeno vá.  
 Poco tiene que perder,  
 Mucho tiene que ganar  
 Con que ojo, señores amos,  
 Del campo y de la ciudá,  
 Vos lo dice un probe ciego  
 Que, en su ceguera ve más  
 De lo que vusotros veis,  
 Prudencia y a mejorar”.

En esta amenaza, como vemos, se exponen los motivos de su indignación, se razonan; se aconseja a quien se amenaza y, por último, se le brinda con deseos de paz y concordia. En otros casos tienen los charros la rara virtud de dejar en suspenso los impulsos provocados por sus pasiones hasta que creen llegado el momento oportuno para exteriorizarlas con mayor eficacia. El tío Clamores, al acercarse sigilosamente de noche a un rancho de pastores oyó toda clase de maldiciones para su persona, mientras cantaban:

“La oveja modorra  
 del tío Clamores  
 esta noche la cenan  
 los sus pastores”.

Y entre la rechifla y las risotadas de todos ellos oyó cantar:

—“Si esta modorra se acaba  
 más arriba hay otra atada.  
 —Si nos oye el tío Clamores  
 que le rajen los de Herodes.  
 —Si va el amo de camino  
 que el diablo le amargue el vino”.

Entonces, ¿qué pasó allí? ¿qué hizo? “El tío Clamores no quiso oír más, y con la cara contraída por la indignación, se levantó cuidadosamente para no hacer ruido, acarició los perros para que no le descubrieran con sus ladri-

dos, y andando buen trecho hasta donde había dejado su caballo, montó en él y se alejó en la espesura, no sin volver antes la cara a la majada y jurárselas con la mano a aquellas descuidadas gentes, cuyos gritos aún se oían, y cuyas siluetas, vistas a lo lejos, entre las encinas, parecían la viva resurrección de una escena clásica”.

¿Puede darse otro caso más típico y representativo del carácter sereno y nada impulsivo? Dejó pasar el tiempo, tuvo su pasión contenida hasta que llegó el día de San Pedro, en que los pastores fueron a la casa a hacer las cuentas del año con el señor amo. Y cuando el mayoral, después de contar el dinero recibido, dijo entre dientes:

—“Me parece que faltan dos pesetas, señor amo.

—No faltan, respondió éste sin alzar la voz; a ti sí que te ha faltao una partida en la cuenta. ¿No te acuerdas? La de la oveja modorra que vos comísteis por los Mártires en la majá del Tomelloso. Güen provecho vos haga; pero justo es que la paguéis, y entre tantos no es ná pal caso, y así yo también podré cantar con vusotros:

La oveja modorra  
del tío Clamores  
esta tarde la pagan  
los sus pastores.

Y mira, por donde viniste te vas, que no quiero modorros en mi casa”. ¿Qué clase de pasión es esa que puede contenerse, disimularse, ahogarse durante todo el tiempo que creamos necesario esperando el momento propicio de exteriorizarla con mayor eficacia?

Resulta en estos casos lo que por ley psicológica tiene que suceder necesariamente y, es que cuando, pasado el tiempo nos disponemos a expresar la antigua pasión, nos falta el calor, el fuego, la excitación orgánica y por esto se puede exteriorizar serenamente, fríamente, sin inmutarnos, sin levantar la voz, como el tío Clamores. Es que la pasión ha desaparecido para convertirse en un razonamiento.

De esta serenidad nos dá otra muestra magnífica en el "Güé Malo". Veamos:

"Padre—dijo Quico, asomando a la cocina con el farol en la mano—el Primoroso no romea.

—¿Que no romea? Pues no será por falta de comía, que bien se ha templao esta tarde en las eras de Abajo.

—Pus tié la mirá triste y no romea—replicó el zagal.

—¿Si habrá comío erba centella?—salió murmurando el tío Colás.

Y tras él, *sin apresuramientos*, que no se estilan entre gente serena, pero con honda preocupación, salieron todos de la cocina, todos los de la casa".

Esta *serenidad colectiva ante* un caso tan trágico como el peligro de la muerte inmediata del buey, que para ellos representará tal vez la miseria, nos muestra la grandeza de este pueblo que no pierde su equilibrio, que conserva su serenidad en los momentos de infortunio.

Otra nota característica del alma charruna es el *sentimiento de la dignidad*. En don Lionardo aparece expresado maravillosamente. Oigamos el diálogo entre don Lionardo el médico y la madre del enfermo:

"Qué le manda usted al mi Roque?...—preguntó la señora María contristada.

—Pues, hija mía, una cosa que ni entra en iguala, ni la venden en la botica, ni la tienes tú: jamón, jamón y jamón.

—¡Jamón!, don Lionardo, ¿y dónde vamos a dir por él?

—Pues, hija, a casa del médico, que tiene dos bien curaditos al humo.

—Pero, dirá la señá médica que eso es ya cansar. Todo de allí, todo de allí... —dijo la señora María, sin poder contener las lágrimas—. Es ya un desabuso que da vergüenza, don Lionardo.

—Pues, hija, si da vergüenza—dijo éste en tono de broma—no vayas y deja que el mozo se te acabe".

En este diálogo en que no sabemos qué admirar más; si la actitud del protector o la de la protegida, la madre, al

decir—en el trance doloroso—que “es ya un desabuso que da virgüenza”, nos descubre el sentimiento profundo de dignidad de este pueblo. Y no sólo lo dice, sino que las lágrimas en sus ojos confirman su sentimiento. Por esto don Lionardo, conocedor del sentido que el término *dar virgüenza* tiene pronunciado por aquella mujer, la replica: “Si da virgüenza no vayas y deja que el mozo se te acabe”. Es decir: por muy doloroso que te sea tienes que optar entre el jamón o la vida de tu hijo. Ante esta razón suprema, la madre acepta; pero en condiciones que aminoren el desabuso que está sufriendo; a saber: no aceptándolo como una dádiva graciosa—pues su dignidad la considera tan humillante que la llena de vergüenza—sino como un servicio que tiene que pagar, como vemos en las palabras siguientes:

—“No señor, iré; pero cuando Roque se ponga bueno, que vaiga a servir a ustés sin dengún aquél, y que bese onde ustés pisen y que”...

En gran parte de las obras de don Luis encontramos expuestos en distintas tonalidades, este mismo sentimiento de la dignidad que hemos visto pintado en esta madre. En esta madre charra que, viendo consumirse a su hijo, aún le parece un desabuso vergonzoso aceptar *la medicina* que generosamente le ofrece un hombre tan gran caballero como don Lionardo. Y ved que ni tan sólo una vez pronuncia la palabra *agradecimiento*. Y es que se siente humillada al tener que agradecer los favores recibidos sin pagarlos. En otros países la madre de un enfermo como ésta diría al médico frases como las siguientes: “Mi agradecimiento será eterno”. “Un millón de gracias por sus bondades”. Pero esta charra declara que le da vergüenza; considera esa actitud pasiva del que recibe como una situación vergonzosa, es decir, poco digna. ¿No se vé surgir aquí el profundo sentimiento de la dignidad? No sólo entre los charros rústicos, sino también en los ciudadanos, entre los misingunos se produce un sentimiento de disgusto cuando creen que alguien se les acerca en tono protector. No sólo les disgusta, sino que les irrita, les moles-



ta y si tienen que aceptar alguna dádiva casi nunca dicen: "Muchas gracias", y casi siempre dicen: "Dios que se lo pague".

*La caballerosidad* es también una nota saliente en la psicología del pueblo charro. Pero ésta es una nota derivada del sentimiento de la dignidad, es una tonalidad, un matiz de ese sentimiento. En el mismo "don Lionardo" nos da don Luis una muestra brillante de caballerosidad. Ese mismo médico a quien acabamos de ver socorriendo a sus clientes con tanta prodigalidad no es ningún potentado, ni siquiera es rico. Vayamos a su casa y para convencer-nos, oigamos a su mujer, a la señora médica y lo que dice cuando vé que se llevan el jamón:

"La niña cumplió la orden paterna, y la pobre mujer, abrazada al jamón, salió jimplando de la cocina.

—¿Lo ves, Leonardo?—dijo la médica en tono de reconvención cariñosa.—¿Lo ves cómo no te enmiendas? Por este camino, al Hospicio. Vivimos al día y casi con miseria; cobras la mitad de la titular, renuncias a la mayor parte de las igualas, y de lo poco que te queda, das la mayor parte...

—Calma, querida, calma, que ya caerá algún rico...

—¿Pero, cómo dices eso, hombre, si eres con ellos tan blando como con los pobres?

—Bueno, mujer, ¿y el premio de la Academia?

—Lo gastaste todo en libros.

—¿Y lo que me va a valer la cartilla higiénica, que tanto elogian los de Madrid?—dijo, ya acorralado, don Leonardo.

—¡Pero, hombre, si lo tienes ya cedido a beneficio del Sanatorio!..."

¿Se puede dar un tipo psicológico más expresivo de la caballerosidad? En las obras de don Luis Maldonado encontramos muchos casos semejantes, prueba de que abundan en este país. ¡En cuántos hogares de esta tierra se ha pronunciado, en más de una ocasión, la frase: "Por este camino, al Hospicio!" Y aunque sean otros los motivos, muchas veces son impulsos de grandeza los que obligan

a pronunciarla. Porque este es un país de caballeros y de hidalgos. Y abundan los tipos que saben ser grandes, aun estando en la pobreza, que siguen siendo caballeros de cuerpo entero, sin tener una peseta. Y siguen teniendo los mismos arranques de nobleza, los mismos impulsos generosos, sin pensar que tal vez estén ellos más necesitados que aquellos a quienes ayudan con tanta generosidad.

Enlazado íntimamente con el sentimiento profundo de la dignidad y su tonalidad caballerisca está el odio a la ciudad.

*El odio a la ciudad.*—Es una pasión que se presenta en casi todos los campesinos de casi todos los países; pero reviste particularidades peculiares en cada pueblo, debidas a que la causa del odio, desdén o envidia que la ciudad provoca en el campo y los ciudadanos en los rústicos, es diversa según la fisonomía de la ciudad, la del campo y las relaciones que entre ellos exista.

Si este odio es un sentimiento que se dá en casi todos los pueblos, parecerá que no debía estudiarlo aquí, al tratar únicamente de la psicología del pueblo charro. Pero yo quiero decir que lo mismo que con esta pasión sucede con casi todas las otras de que os vengo hablando y esta confesión sincera me servirá para deciros lo que yo creo debe hacer un psicólogo de los pueblos y, en general, todo psicólogo. Quedará defraudado quien espere hacer un descubrimiento sensacional al estudiar la psicología de un país.

En primer lugar, porque todos los hombres normales del mundo, envueltos en una misma civilización, tienen poco más o menos los mismos deseos, sentimientos y modos de pensar. Sería, por lo tanto, impropio de un psicólogo pretender encontrar un pueblo en que no se diesen las pasiones de amor y odio y sus derivados, o un pueblo sin deseos, etc., etc. La labor del psicólogo debe ser toda ella de sutileza, matiz, finura, limpieza, escrupulosidad para poder descubrir, no pasiones nuevas ni nuevos modos de pensar, sino para captar, en las recónditas

intimidades del espíritu, las delicadas tonalidades, las diferencias íntimas, los matices que en cada pueblo presentan las pasiones, los deseos y los modos de pensar. El problema para el psicólogo, debe plantearse así: dada la pasión del odio, por ejemplo, que por ser humana se da en este pueblo y en todos los del mundo, veamos si podemos determinar qué tonalidades características adquiere en este país. Y el estudio y descripción de esos matices tan delicados y sus causas es lo que constituye la labor del psicólogo. Y por ser esto así, es este un estudio inagotable que nunca podrá estar terminado por completo.

Estudiemos ahora el odio a la ciudad en el pueblo charro. Creo haber encontrado su causa en los dos hechos siguientes:

1.° La creencia de los charros rústicos que en la ciudad no hay honor ni dignidad y sí placeres materiales y maturrangas.

2.° El sentimiento profundo de la dignidad, que como ya hemos visto, es uno de los más arraigados en este pueblo.

Al contacto de este profundo sentimiento con aquella arraigada creencia, necesariamente ha de brotar el odio que se presentará en forma de desdén, indignación o burla, según las circunstancias en que nazca. Veámoslo en los fragmentos siguientes de las obras de don Luis Maldonado. En "El Ciego de Robliza", se empieza con esta invocación a la Virgen del Cueto:

"Virgen Santa del Amparo,  
Virgen de la Soledá,  
La que en el Cueto veneran  
Tos los de esta merindá,  
La patrona de los charros  
Que viven del río acá,  
La más dina y la más grande  
De toas en potestá,  
La que en los montes habita,  
La que dejó la ciudá



Porque era chica pa ella  
Toa la Santa Catredal..."

... ..

Fijemos bien estos conceptos: La Virgen más digna dejó la ciudad y habita en los montes. ¿Y por qué dejó la ciudad la Virgen que simboliza la dignidad y la pureza? Porque...

"Porque era chica pa ella  
Toa la Santa Catredal".

Sospecho que el término "*chica*" dicho por un charro inmediatamente después de exaltar su grandeza moral y su dignidad, no se refiere a la materialidad del tamaño, del templo. Y mi sospecha es fundada porque en el mismo romance se dice:

"Al oír a alba tocar  
Nos quitamos la gorrilla  
Y rezamos de verdá,  
No como rezáis vusotros  
Que tó eso es falsedá".

Sin olvidar estos conceptos, veamos, en el mismo romance, lo que sigue:

"Pus como ven carne fresca  
Y acostumbrados están  
A comerla siempre pocha,  
Dan tras ellas sin cejar  
Y abusan lo que Dios sabe  
Sin denguna caridá,  
Y las ponen como nuevas  
De la pior enfermedá,  
Para que vengan aluego  
Al campo de la ciudá  
Y se lo peguen al novio";

... ..

Si un hombre no ha estado nunca en la ciudad y oye lo que acabo de leer, ¿qué idea se formará de nosotros, *indinisimos* ciudadanos? Es indudable que nos creará en una sucursal del infierno, por lo indigna. Y no digamos

nada si quien lo oye es una mujer. Huirá de la ciudad como el diablo de la cruz.

En estos fragmentos queda expuesta la creencia de que en la ciudad no hay moral, ni dignidad, ni honor.

Leamos ahora otro en el que se expresa lo que hay de positivo en ella, según el charro rústico:

“Pues estrujan a los probes  
Por gastar en la ciudá,  
Y beben en los cafés,  
Y fuman puros de a rial,  
Y malgastan en los treatos  
El sudor de los que están  
Con la manquera tóo el día  
Briegando sin descansar”.

Toda esta vida de molicie, esta orgía constante en que según la creencia del charro campesino, vivimos, son los placeres materiales, únicos que podemos permitirnos por ser los únicos que se dan en la ciudad.

En cuanto a la creencia de que en la ciudad no existen más que maturrangas, oigamos hablar al tío Rejero con el maestro de escuela del pueblo, en “Los hijos del tío Rejero”.

“¡Otra te pego!,—replicó el tío Blas—¿con que no tié inteligencia? ¿Y qué inteligencia se necesita pa ser señor?...”

Más adelante, en el mismo maravilloso cuento dice el maestro:

“—Tío Blas, usted está obcecado; piénselo usted bien. De sus hijos de usted, José es el que puede hacer algo en Salamanca.

—¿Dónde irá el güé que no are, y dónde irá el mi José que no trabaje como un güé, señor maestro? El mi José es una buena finja, tóo carne magra, tóo verdad; y si va a la ciuá, cualquiá cosa que haga será arar, porque ese es su genial, y hay en la ciuá gente que ara y gente que recoge; y de arar, vale más arar en el campo, al aire libre, que no trabajar sin sol ni aire, en aquellos tugurios enfermizos. Y el mi Benjamín es el viceversa de su hermano: tié asco a

tóo lo que sea trabajo, y tocante a lo del señorío, no le faltan más que perras, y él se las buscará cuando tenga una carrera...

Y no hablemos de inteligencia, porque más bruto que don Albundio no le pare madre, y hoy apalea las onzas, y don Locadio, el que se puso ogaño pa senaor, no tié más que gramática parda y maturrangas de raposa vieja”.

Como vemos, el inútil, el perezoso, el sin inteligencia, es el que dedica para ciudadano, pues como dice, el trabajo honrado no sirve de nada en la ciudad. Las razones que nos dá, son realmente dignas de tener en cuenta; pero aún añade otra más eficaz mostrando al maestro la impotencia de su hijo Benjamín para todo trabajo noble y vigoroso, diciéndole:

—“¿Lo vé usted? ¡No pué! ¿Qué quiere usté que haga con él, más que hacerlo deputao, senaor, prestamista u marqués?”

En todo esto encontramos lo que antes os decía: las maturrangas de raposa vieja que junto con los placeres materiales es lo único de positivo que hay en la ciudad. En otros pueblos en que el sentimiento de la dignidad no sea tan profundo como en éste, el odio no tendría la tonalidad de indignación, sino más bien revestiría la forma de envidia. Pero aquí, como os decía, el contacto de la creencia que hemos estudiado con el sentimiento de la dignidad, tiene que provocar necesariamente el odio franco. (1).

Un detalle se me olvidaba. Cuando el maestro se aleja llevándose agarrado por el cogote a Benjamín, el hijo inútil del tío Rejero, éste, desde lo alto del carro, le grita-

---

(1) Estudiando de este modo la psicología de un pueblo, no consideramos a la Patria como “una cosa hecha, cumplida, histórica, hieratizada y perfecta, sino como un perpetuo problema, una tarea nunca acabada, una futura realidad, un conflicto entre posibilidades presentes” (José Ortega y Gasset). Cuando Salamanca goce de las espléndidas realidades derivadas de los Saltos del Duero y sea, además, un magnífico centro de estudios internacionales, seguramente la relación entre el campo y la ciudad se hará más íntima, más continua, más comprensiva y el odio a la ciudad que nos describe Maldonado, tomará un matiz muy distinto, si no desaparece y se trueca en mutua simpatía y admiración.

ba en tono zumbón: “¡Señor maestro, del agua vertía, alguna cogía! Sáquemelo usted pa menistro”.

Así termina don Luis Maldonado este admirable cuento. Lo que no nos dice es si ese hijo tan sin inteligencia, tan perezoso y tan inútil, llegó a ser ministro... Porque... a lo mejor...

*El espíritu reflexivo y filosófico.*—El espíritu filosófico que constituye otra de las notas esenciales del alma charruna, aparece magníficamente expuesto en casi todas las obras de don Luis y de una manera simbólica en “El tío Cavila”. Por esto estudiaré esta nota característica, sirviéndome únicamente de este tipo psicológico.

“El tío Cavila”, con la sembradera llena de trigo al hombro, se dispone a sembrar una “besana” de barbecho... voleando un puñado de trigo a cada paso. “Al arrojar las cinco primeros, acompaña su acción de sendas palabras sacramentales que pronuncia entre dientes de un modo solemne: —“Pa los pájaros..., pal diezmo..., pal Fisco..., pa l’amo..., pa mí”.

Estas palabras sacramentales las pronuncia inconscientemente, espontáneamente, como una máquina, mientras va sembrando; pero al poco tiempo, el tío Cavila empieza a cavilar:

“¡Por vía del *susun coda!* ¿a qué mil pares de carlan-cas hemos de decir siempre la misma cosa cuando escorzamos a sembrar, sin saber *por qué* lo decimos? ¡Tié mucho *iñir* eso de repetir toa la vía la misma cantinela!

Sepamos qué significan, y aluego se verá si se pernuncian o no se pernuncian esas palabras”.

Quiere investigar el *por qué*, la causa, razón suficiente, el motivo. ¿No es esto precisamente, el objeto de toda filosofía? “Tié mucho que *iñir*”. Esta palabra: *iñir*, que según Maldonado, significa pensar, escudriñar y que por cierto no figura en el magnífico vocabulario de Lamano, indica por sí sola que el pueblo charruno es pensador, escudriñador, investigador o sea filósofo. Y el tío Cavila pasa revista, una por una, a esas cinco sacramentales pa-

labras o conceptos y a fuerza de *iñir*, va encontrando la razón de su existencia. Pero su instinto filosófico no le deja detenerse y va ahondando de *por qué* a *por qué* cada vez más profundo y cuando su pensar llega al último *por qué*, al límite de lo cognoscible; cuando su razón se pierde en elucubraciones demasiado profundas para su espíritu limitado, porque es humano, encuentra la razón suprema, la causa de todo, diciéndose: “¿Quién te mete a tí en esas honduras? Cuando Dios los deja vivir será porque convenga. ¿No deja vivir también a los escorpiones, a los lobos y a los butres?”

Estas sublimes palabras nos muestran, sin dejar lugar a dudas, el espíritu filosófico del pueblo charro. Porque ¿qué filósofo, por grande que haya sido, no ha pasado por el mismo proceso? Todos los filósofos, dignos de tal nombre, investigan los *por qué*s cada vez más lejanos; pero necesariamente tienen que llegar a uno último y en este caso, o se conforman sin seguir profundizando, indicio de que son falsos filósofos, o no tienen más remedio que admitir la existencia de Dios, razón suprema de todo, como hace el tío Cavila, símbolo del pueblo charro.

El tío Cavila sigue sembrando, y cuando se dispone a coger el puñado de simiente que corresponde a la palabra “*pa mí*”, vé, con espanto, que la sembradera está ya vacía y en ella sólo queda un granito de trigo, “*pa él*”. En este hecho trágico vé el tío Cavila un castigo providencial por sus cavilaciones y yo quiero ver en ello, además de eso, la causa del misticismo religioso de este pueblo. La vanidad y orgullo del sabio son castigados por Dios.

“¡Señor, perdóname!—dijo al fin el pobre Cavila, cayendo de rodillas sobre la blanda tierra—¡ten misericordia de mí, y de mi gente, ya no volveré a cavilar más sobre las cosas del mundo, que cuando tú las dejas acaecer, güenas serán!... ¡Echa, Señor, tu bendición sobre este grano de trigo, que es la mi parte de la semilla, la de mi mujer y los mis hijos... es la última ya y la más pequeña, pero como Tú la bendigas dará ciento por uno y comeremos pan!” “Y luego, bajando la temblorosa mano a la



tierra, hizo una cruz con el dedo y depositó en el centro de ella el grano, sobre el cual cayeron, juntas con sus lágrimas, gotas de sudor del tío Cavila”.

Esta escena escalofriante, pletórica de trágica belleza, iluminada toda ella por la fé viva, impregnada de resignación cristiana, de serenidad y de comunión íntima con la madre tierra, a la que ofrenda su fé con la cruz hecha con el dedo, las fatigas de sus trabajos con las gotas de sudor y su desfallecimiento sentimental con sus lágrimas; en esta escena hemos de ver el símbolo del pueblo charruno, pues en él están pintadas, con la sobriedad y grandeza de los clásicos griegos, las notas características de su psicología.

Cuando leí por primera vez “El tío Cavila”, al llegar a este punto no pude continuar leyendo; cerré el libro y lleno de admiración asocié instantáneamente esta escena con la muerte de Pizarro, el conquistador del Perú, una de las muertes más trágicamente admirables que nos presenta la historia.

Pasado el tiempo, he comparado los dos hechos por mí asociados y ahora ya puedo decir científicamente, friamente, que hice entonces una asociación por semejanza. Veamos: “El conquistador del Perú vaciló y cayó, y los conspiradores hundieron en su cuerpo sus espadas. Pero aun entonces aquella voluntad de hierro hizo que el cuerpo obedeciese el último sentimiento de su gran corazón, e invocando a su Redentor, Pizarro mojó un dedo en su propia sangre, trazó en el suelo una cruz, doblegóse y besando el sagrado símbolo, expiró.

¿No véis la semejanza? Si Pizarro murió realmente, atravesado a estocadas, el tío Cavila murió moralmente creyéndose víctima de un castigo providencial; convencido de que la tierra no daría pan para él; al ver, como resultado de sus trabajos y esfuerzos, la miseria futura para él y los suyos.

Hay momentos en la vida de los hombres en que las desgracias, cayendo estrepitosamente sobre ellos, les llenan de tal amargura y desolación que el sér más valiente,

en tales circunstancias, se ve rendido, anonadado, aplastado. ¿Qué es esto más que una muerte moral? En uno de estos desfallecimientos estaba el tío Cavila cuando hizo lo mismo Pizarro al morir. Las dos son muertes trágicas: uno atravesado a estocadas; otro acribillado por el castigo divino, por las estocadas de la miseria y la fatalidad, por las aciagas y misteriosas fuerzas del mal que entreveamos en las supersticiones.

Y para que nadie pueda dudar de la analogía entre los dos casos, pongamos en boca de Pizarro, al expirar, las palabras que el tío Cavila pronunció y veremos como, si no las pronunció, pudo muy bien haberlas pensado el conquistador del Perú, sin quitar ni añadir una sola coma. El grano de trigo del tío Cavila tiene, desde luego, un valor simbólico. Simboliza lo que cada hombre siembra con todos los esfuerzos de su voluntad y en lo que ponemos nuestras esperanzas para el porvenir. Según la grandeza de nuestras aspiraciones y según nuestras posibilidades, *el grano de trigo* será algo más o menos grande, ideal o material. Para Pizarro era el Perú, que él había descubierto y conquistado y también era su semilla la implantación de su fé, de su lengua y de su patria en un mundo nuevo. Sustituyendo, pues, *grano de trigo* por lo que en él acabamos de ver que simboliza y *su familia* por España entera, hagamos decir a Pizarro las mismas palabras del tío Cavila: "Echa, Señor, tu bendición sobre este grano de trigo, que es la mi parte de la semilla, la de mi mujer y los mis hijos... como Tú, la bendigas dará ciento por uno y comeremos pan...!"

No cabe mayor semejanza. Y también cada uno de nosotros deberíamos aprender de memoria estas palabras, que son como una oración, para pronunciarlas cuando, en tiempos de adversidad, nos dispongamos a sembrar algo que creamos ha de ser decisivo en nuestra vida.

Tal vez alguno de los que me escuchan estará pensando: ¿Y qué tiene que ver Pizarro con el pueblo charruno? Para el que así piense, diré que cuando yo asocio el



momento más sublime de Pizarro, uno de los hombres más grandes de la humanidad, y no lo asocio por contraste, sino por analogía, con la actitud del tío Cavila—símbolo del pueblo charro—es evidente que creo que en el alma de este pueblo existe tanta grandeza como pueda existir en las acciones más sublimes de los hombres más grandes. Y esto, dicho con sinceridad; que soy de Valencia, y sin adulación a la que nada me obliga.

Una objeción fundamental se me podría dirigir y es la siguiente:

Si yo digo que el citado pasaje del tío Cavila es el símbolo del pueblo charro y al mismo tiempo sostengo que en todo hombre se presenta cuando las circunstancias son semejantes, parece que nos quedamos sin saber si esas notas son características del alma charruna o si son cualidades universales propias de toda la humanidad. A esto he de responder, aunque parezca una paradoja, que son una y otra cosa al mismo tiempo.

Hay quien cree y es una creencia muy extendida (compartida por un ex-catedrático de esta Universidad), que los poetas regionales, entendiéndolos por ellos los que consagran lo más delicado de su espíritu a su región, son poetas pequeños comparados con los poetas que no describen ni cantan a su país natal, sino a la Humanidad. Y compadecen a los jóvenes enamorados de su tierra y les aconsejan para su bien y su mayor gloria, que no hablen ni piensen en regional, sino en universal. Porque haciéndolo del primer modo, dicen, os empequeñecéis, y vuestras obras nunca podrán salir del límite de vuestra región y haciéndolo del segundo modo, os engrandeceréis y vuestras obras se difundirán por todo el mundo.

Para destrozarse estos argumentos sofisticos de un sólo mazazo, y, al mismo tiempo, para desvanecer la paradoja que antes os he presentado, basta con presentar una sola obra entre las miles que servirían para dar el golpe con la misma eficacia. Y esta obra es "El Quijote". Nadie se atreverá a negar que es una de las obras más universales que existen. Y ¿quién negará, por esto, que tanto Don Qui-

jote como Sancho Panza son manchegos tan castizos como *lígrimo* es, el tío Cavila? Lo que sucede es que estudiando profundamente a un tipo psicológico determinado de una región determinada, si con nuestra intuición artística o psicológica llegamos a descubrir el fondo de su espíritu tal como es, encontraremos en él, sea charro o manchego, un carácter humano y por serlo, será también universal, al mismo tiempo.

Aparte de que todos los hombres que yo he conocido hasta ahora son habitantes de alguna región o nacidos en ella. Esto, sin juramento me lo podéis creer.

Y si todos los hombres que existen han nacido en alguna región, es indudable que sólo existen hombres regionales.

Puede que se refieran a los hombres que viven en las grandes ciudades y viajan constantemente y que por no parar en ningún sitio desde jóvenes, han perdido, si alguna vez lo tuvieron, todo rasgo regional característico de diferenciación. De ser así, no cabe duda que para el poeta siempre tendrá más atractivos, y también para el psicólogo, un castizo manchego, un enxebre galego, un valenciá d'a soca i arrell o un lígrimo charro, con sus peculiaridades y matices sentimentales, volitivas e intelectuales marcadas reciamente que aquella especie de judío errante, tipo indefinido, cuya psicología consiste únicamente en saber adaptarse a la moda de cada temporada.

Sirva lo dicho de estímulo a los jóvenes amantes de su tierra. Sepan que amando a su país y dedicándose al estudio de sus características típicas, no sólo se deleitarán en ello, sino que, si alguno de ellos es genial, podrá lograr lo que consiguió don Luis Maldonado, a saber: inmortalizarse por haber sabido universalizar lo lígrimo de su tierra.

HE DICHO

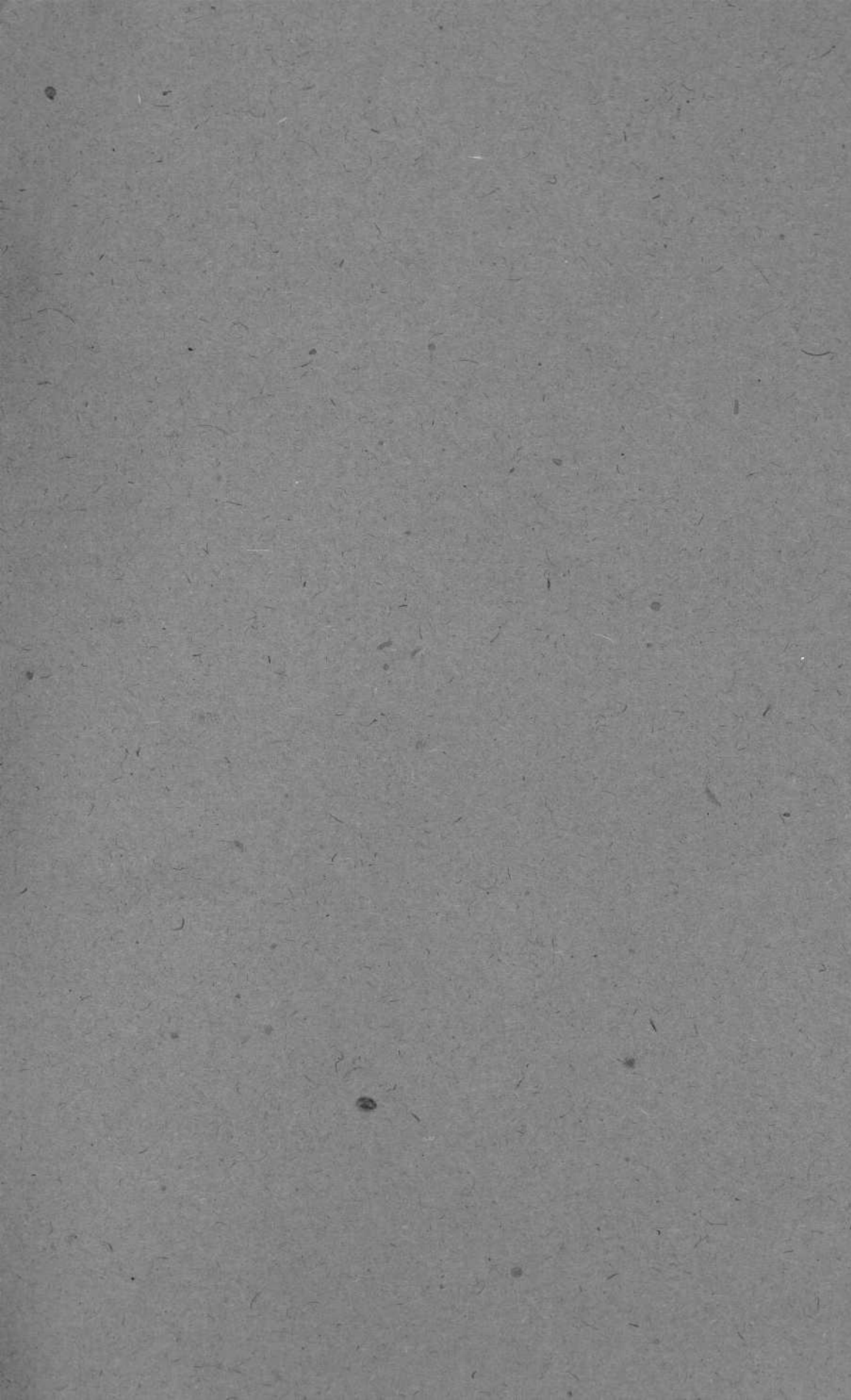








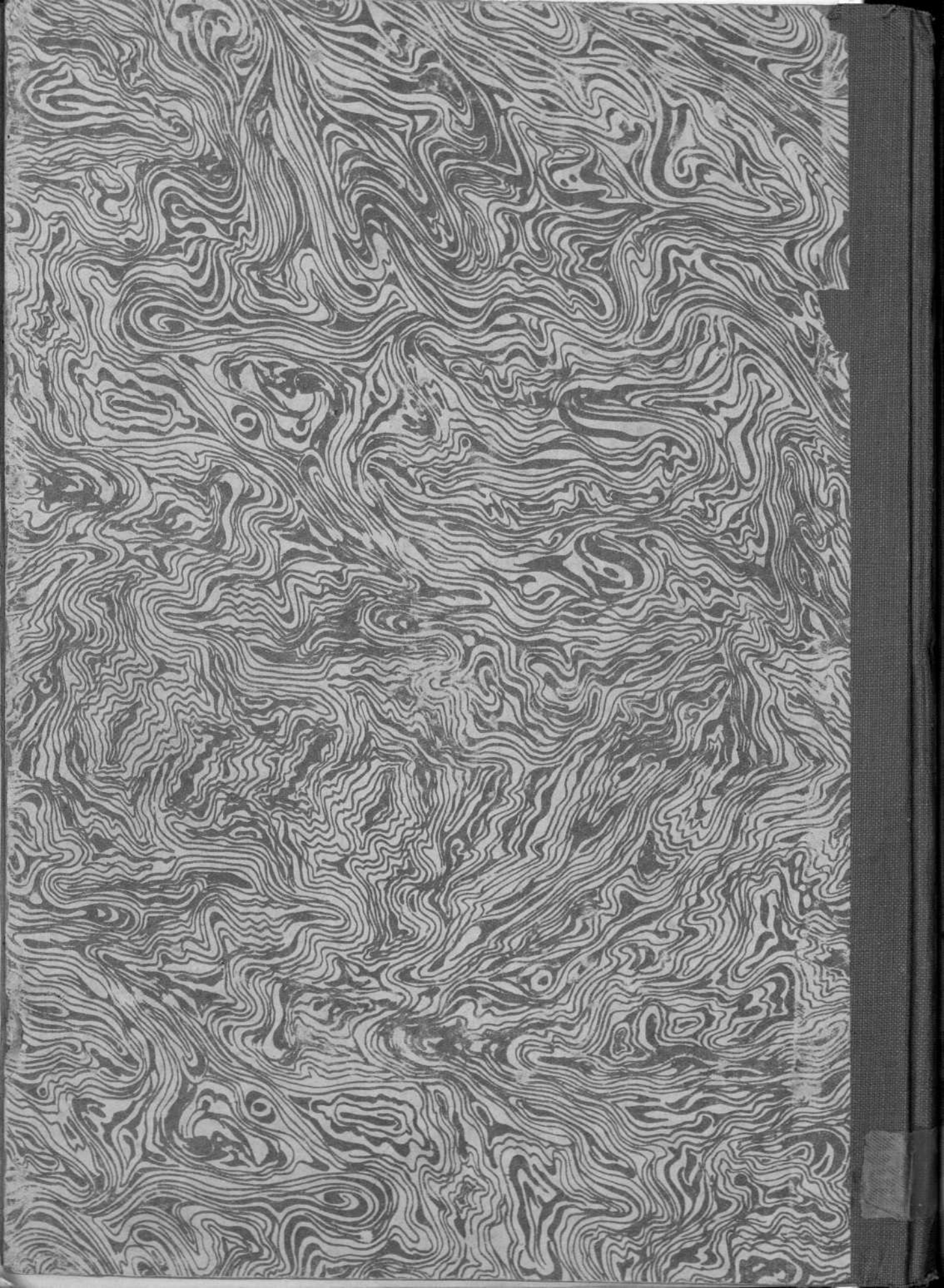












83.231